



LECTIO DIVINA

XV semana del Tiempo Ordinario
Del 12 al 18 de julio de 2020



“Dios
lo
siembra
TODO”

DOMINGO, 12 DE JULIO DE 2020

Sembrar en nuestro corazón.

Oración introductoria

Espíritu Santo, ilumina este momento de oración para que sea esa tierra buena dónde fructifique la semilla de tu gracia.

Petición

Señor Jesús, que no endurezca mi corazón, isálvame!

Lectura del libro de Isaías (Is 55, 10-11)

Esto dice el Señor: «Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo».

Salmo (Sal 64, 10abcd. 10e-11. 12-13. 14)

La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom 8, 18-23)

Hermanos: Considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la

creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 13, 1-23)

Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló muchas cosas en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga». Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?». Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: “Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”. Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros, pues, oíd lo que significa la parábola del sembrador: si uno escucha la palabra del reino

sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que escucha la palabra y la acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe. Lo sembrado entre abrojos significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese da fruto y produce ciento o sesenta o treinta por uno».

Releemos el evangelio

Papa Francisco

*Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium / La alegría del Evangelio” §174-175
(trad. © copyright Libreria Editrice vaticana)*

***“El hombre que escucha la Palabra y la comprende produce fruto,
ya sea cien, ya sesenta, ya treinta por uno”***

Toda la evangelización está fundada sobre la Palabra de Dios, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial» [Benedicto XVI]. La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana. Ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y Sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del Sacramento, y en el Sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia.

El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido, sino que se ha mostrado» [Benedicto XVI]. Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Que el anuncio de la belleza, de la alegría y de la novedad del Evangelio, tanto explícito como implícito, abarque todas las situaciones de la aventura humana. No tengáis miedo de dar testimonio de Jesús aun cuando sea incómodo o poco conveniente. Pero testimoniario con toda la vida, no con métodos empresariales que parecen más una mística de proselitismo que una verdadera evangelización. No olvidéis que el protagonista de la evangelización es el Espíritu Santo... El Señor sabrá encontrar la manera de arraigar esa pequeña semilla que es su nombre pronunciado en el amor por un misionero o una misionera y transformarla poco a poco en una planta de fe sólida a cuya sombra tantos podrán descansar.» *(Discurso de S.S. Francisco, 30 de septiembre de 2019).*

Meditación

Benditos apóstoles que después de escuchar una parábola y no entender, simplemente, cuando se iba la gente, se acercaban con Jesús y le pedían que les explicara. ¡Qué delicia poder hacer esto! Nosotros también podemos, según la fe que tengamos en Jesús.

Jesús, antes de hacer sus milagros, quería ver cómo estaba la fe de aquella persona. Les preguntaba si creía que Él lo podía curar. De igual manera lo hace con nosotros. Si creemos que nos puede explicar, hablar, sanar, curar, amar, salvar... lo hará, así de sencillo es para Él. Aunque para nosotros implica preguntar con fe. Entonces Jesús se pone a explicarles la parábola del sembrado. Y va explicando la situación de cada semilla que el sembrador ha tirado. Primero la que cae en terreno pedregoso, después la que cae en espino y al final la que cae en tierra buena.

El Sembrador sale a sembrarse a sí mismo. Cuando explica la parábola, en los tres casos hace referencia a alguien que «oye la palabra», «lo sembrado sobre terreno pedregoso, significa al que «oye la palabra». Él, literalmente, es la Palabra. Jesús se está sembrando a sí mismo. Se quiere sembrar en los corazones, en nuestros corazones. Quiere crecer ahí. Nos prevé de los males que nos alejan de Él. Pero Él no quiere estar separado de nosotros. Quiere que reguemos y trabajemos la tierra para que sea buena, y cuando caiga la semilla, pueda Él mismo crecer y habitar con nosotros. Nos ama tanto y nos lo repite de muchas maneras distintas. Él solo quiere amarnos y estar con nosotros.

Oración final

Señor, tu parábola del sembrador, nos enseña a cada uno de nosotros, los caminos de nuestra vida, la dureza del vivir cotidiano, las dificultades y los momentos de docilidad y que constituye nuestro paisaje interior. Todos somos, muchas veces: caminos, pedregales y espinas. Pero también tierra fértil, buena. Líbranos de la tentación de las potencias negativas que intentan anular la fuerza de tu palabra.

Fortifica nuestra voluntad cuando las emociones fugitivas, inconstancias hacen menos eficaz la seducción de tu Palabra. Ayúdanos a conservar el gozo que el encuentro con tu Palabra sabe engendrar en nuestro corazón. Haz fuerte nuestro corazón para que en la tribulación no nos sintamos indefensos y expuestos al desánimo. Danos la fuerza de resistir a los obstáculos que ponemos a tu Palabra cuando sobrevienen las preocupaciones del mundo o estamos engañados por el brillo del dinero, seducidos por el placer, por las vanidades de aparentar. Conviértenos en terreno bueno, personas acogedoras, para ser capaces de ofrecer nuestro servicio a tu Palabra. Amén

LUNES, 13 DE JULIO DE 2020

El centro del amor

Oración introductoria

Señor, concédeme tu gracia para no dejar que nada ni nadie ocupe el centro que te corresponde en mi vida.

Petición

Padre mío, hazme un discípulo y misionero de tu amor.

Lectura del libro de Isaías (Is 1, 10-17)

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. «¿Qué me importa la abundancia de vuestros sacrificios? -dice el Señor-. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de toros, de corderos y chivos no me agrada. Cuando venís a visitarme, ¿quién pide algo de vuestras manos para que vengáis a pisar mis atrios? No me

traigáis más inútiles ofrendas, son para mí como incienso execrable. Novilunios, sábados y reuniones sagradas: no soporto iniquidad y solemne asamblea. Vuestros novilunios y solemnidades los detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extendéis las manos me cubro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda».

Salmo (Sal 49, 8-9. 16bc-17. 21 y 23)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 10, 34-11, 1)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espada. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa». Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

Releemos el evangelio

San Patricio (c. 385-c. 461)

monje misionero, obispo

Confesión, 56-62 conclusión

***"El que dé a beber...
a uno de estos pequeños en calidad de discípulo...
no quedará sin recompensa"***

“Pongo mi vida en manos del Creador”, que es fiel (1P 4,19) “por quien desempeño esta misión” (Ef. 6,20) a pesar de mi bajeza, porque Él no hace acepción de personas y me eligió para este servicio, para que yo fuera su servidor, “uno de los más pequeños entre los suyos” (Mt 25,40). ¿Pero cómo le pagaré por todas las cosas que me ha concedido? (Sal. 115,12) Pero ¿qué diré, qué le prometeré a mi Dios, ya que nada tengo sino lo que Él mismo me dio?... Que, por voluntad de Dios, nunca permita que “se pierda el pueblo que Él adquirió” (Is 43,21) desde los confines de la tierra. Ruego a Dios que me dé perseverancia y se digne hacerme su testigo fiel, por el nombre de Dios, hasta mi partida.

Y si yo realicé alguna buena acción, por mi Dios, a quien amo, le pido que me conceda verter mi sangre, junto con estos extranjeros y cautivos, por el honor de su nombre... Tengo la certeza, de que, si esto me ocurriera, he ganado mi alma junto con mi cuerpo porque, sin ninguna duda, en aquel día resucitaremos en la claridad del sol, esto es, en la gloria de Cristo Jesús nuestro Redentor...

Por eso ruego a quienes creen y temen a Dios: quienquiera se haya dignado observar o recibir este escrito que Patricio, pecador ignorante, escribió en Irlanda: si he hecho o dicho cualquier cosa por insignificante que sea del agrado de Dios, que nadie vaya a pensar que lo he hecho yo, con lo ignorante que soy. Pensad más bien y creed

con toda verdad que todo esto fue don de Dios. Y esta es mi confesión, antes que yo muera.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará”. En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida.». (*Ángelus de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2017*).

Meditación

Este es un pasaje difícil de entender. ¿Jesús hablándonos de enfrentamiento con mis hermanos? ¿Cómo interpretarlo? Sugiero que comencemos al revés, es decir, por el final. El Evangelio nos menciona claramente que Jesús estaba dando instrucciones a sus discípulos. No estaba hablando a un público en general. Estaba, más bien, formando a aquellos a quienes correspondería llevar su mensaje por todos los pueblos.

¿Y qué les decía? «Quien los recibe a ustedes, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado». Esto es: ninguno de los apóstoles será acogido por ser el más apto, o el más astuto, o el más inteligente. No. Todo cuanto reciban les vendrá por el hecho de anunciar a Cristo, del mismo modo que Cristo es quien es porque nos

anuncia al Padre, que lo envió. Hay aquí un elemento de lealtad que vale la pena profundizar en nuestra oración. Lo que vemos es, en la práctica, la nueva alianza que Dios establece con los hombres, en su Hijo.

Llegamos, después, al núcleo del mensaje, es decir, al centro del amor. No es coincidencia que, se lea como se lea, estos versículos estén a la mitad de las palabras de Jesús. En resumen, lo que Él está diciendo es que si colocamos cualquier amor por encima del que le mostramos a Él, no somos dignos de su amor. No es simplemente que Jesús esté teniendo un desplante de celos. Antes bien, está mostrándonos la verdadera jerarquía del amor. Es esta también la experiencia del pueblo de Israel: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Primero amar a Dios; es desde ahí que saldrán y se ordenarán los demás amores de nuestra vida.

Y ahora la parte final, que no parece tan dura después de entender la radicalidad del amor al que Jesús nos llama. Pues, en efecto, la guerra se da cuando los hombres amamos nuestros ídolos, sean cuales sean. Cuando olvidamos que a Dios le corresponde ocupar su trono en nuestra vida, es inevitable que enfrentemos dificultades. San Pablo interpretó muy bien esto cuando afirmó: «Nada ni nadie nos separará del amor de Dios en Cristo Jesús». Así pues, medita qué tanto le concedes a Dios su puesto, qué tanto has dejado permear su amor en toda tu vida.

Oración final

Señor, dichosos los que moran en tu casa
y pueden alabarte siempre;
dichoso el que saca de ti fuerzas
cuando piensa en las subidas. (Sal 84,5-6)

Oración introductoria

Señor, me pongo a tus pies implorando tu cariño. Quiero llorar mis pecados y limpiarte con mis lágrimas, esperando que Tú me mirarás con tus ojos de Padre y me iluminarás en esta meditación de hoy. Dame la gracia del amor puro, verdadero y desinteresado que Tú me has tenido.

Petición

Padre mío, permite que vea los milagros que día a día suceden en mi vida gracias a tu misericordia e infinita bondad.

Lectura del libro de Isaías (Is 7, 1-9)

Cuando reinaba en Judá Ajaz, hijo de Jotán, hijo de Ozías, subieron a atacar Jerusalén Rasín, rey de Siria, y Pécaj, hijo de Romelías, rey de Israel, pero no lograron conquistarla. Se lo comunicaron a la casa de David: «Los arameos han acampado en Efraín», y se agitó su corazón y el corazón del pueblo como se agitan los árboles del bosque con el viento». Entonces el Señor dijo a Isaías: «Ve al encuentro de Ajaz, con tu hijo Sear Yasub, hacia el extremo del canal de la alberca de arriba, junto a la calzada del campo del batanero y dile: “Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca ante esos dos restos de tizones humeantes: la ira ardiente de Rasín y Siria, y del hijo de Romelías. Porque, aunque Siria y Efraín y el hijo de Romelías tramén tu ruina, diciendo: ‘Marchemos contra Judá, aterroricémosla, ientremos en ella y pongamos como rey al hijo de Tabeel’, así ha dicho el Señor: ‘Ni ocurrirá ni se cumplirá: Damasco es capital de Siria,

y a la cabeza de Damasco está Rasín. (Dentro de sesenta y cinco años, Efraín, destruido, dejará de ser un pueblo). Samaría es capital de Efraín, y a la cabeza de Samaría está el hijo de Romelías. Si no creéis no subsistiréis”».

Salmo (Sal 47, 2. 3-4. 5-6. 7-8)

Dios ha fundado su ciudad para siempre.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 11, 20-24)

En aquel tiempo, se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían convertido: «¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza. Pues os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Pues os digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que a ti».

Releemos el evangelio

San Pablo VI

papa 1963-1978

Constitución apostólica «Paenitemini» del 18/02/1966

Cristo nos llama a todos a la conversión

Cristo, que durante su vida hizo siempre lo que enseñaba, pasó cuarenta días y cuarenta noches en ayuno y oración antes de comenzar su ministerio. Inauguró su misión pública con este gozoso mensaje: «El Reino de Dios está cerca» y añadiendo seguidamente este

mandamiento: «Convertíos y creed la Buena Noticia» (Mc 1,15). Es toda la vida cristiana que se encuentra, en cierta manera, resumida en estas palabras. No se puede llegar al Reino anunciado por Cristo más que a través de la «metanoia», es decir, por el cambio y renovación íntima y total del hombre entero... La invitación que nos hace el Hijo de Dios de la metanoia nos obliga tanto más porque él no sólo la predicó, sino que él mismo se ofreció como ejemplo. En efecto, Cristo es el modelo supremo de los penitentes. Él quiso sufrir no por sus pecados sino por los de los demás.

Cuando un hombre se pone delante de Cristo queda iluminado con una luz nueva: reconoce la santidad de Dios y la gravedad de su pecado. Por la palabra de Cristo se le transmite el mensaje que le invita a la conversión y le concede el perdón de los pecados. Estos dones los recibe en plenitud en el bautismo, el cual le configura con la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. A partir del bautismo, toda la vida del bautizado está situada bajo el signo de este misterio. Todo cristiano debe pues, seguir al Maestro renunciando a sí mismo, llevando su cruz y participando en los sufrimientos de Cristo. Así, transfigurado a imagen de su muerte, se hace capaz de meditar la gloria de la Resurrección. Seguirá al Maestro viviendo ya no para él, sino para Aquel que le ha amado y se ha entregado por él (Ga 2,20), y viviendo también para sus hermanos, completando «en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo sufriendo por su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Sorprende ver cómo, después de 28 siglos, estas advertencias conservan toda su actualidad. De hecho, también hoy día la “cultura del bienestar [...] nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, [...] lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia” [...] Pero

como cristianos no podemos permanecer indiferentes ante el drama de las viejas y nuevas pobrezas, de las soledades más oscuras, del desprecio y de la discriminación de quienes no pertenecen a “nuestro” grupo. No podemos permanecer insensibles, con el corazón anesthesiado, ante la miseria de tantas personas inocentes. No podemos sino llorar. No podemos dejar de reaccionar.

Pidámosle al Señor la gracia de llorar, la gracia de aquel llanto que convierte el corazón ante esos pecados. Si queremos ser hombres y mujeres de Dios, como le pide san Pablo a Timoteo, debemos guardar “el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo”; y el mandamiento es amar a Dios y amar al prójimo. No podemos separarlos. Y amar al prójimo como a uno mismo significa también comprometerse seriamente en la construcción de un mundo más justo, donde todos puedan acceder a los bienes de la tierra, donde todos tengan la posibilidad de realizarse como personas y como familias, donde los derechos fundamentales y la dignidad estén garantizados para todos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 29 de septiembre de 2019).*

Meditación

¡Qué duras palabras, Señor! Yo soy Corozáin. Yo soy Betsaida. ¿Qué me ha sucedido? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Este Evangelio no es para deprimirnos ni para angustiarnos por el infierno. Este Evangelio es tan solo un nuevo recordatorio del Señor de que no por el hecho de llamarnos cristianos vamos a llegar al Cielo. «Velad y orad». Mira que es fácil criticar este mundo y todos sus errores. Con frecuencia señalamos a Tiro y Sidón como ciudades paganas y pecadoras, y nos regocijamos farisaicamente de que nosotros formamos parte del pueblo elegido de Dios.

¡Y somos el Pueblo elegido de Dios! Nosotros somos Cafarnaúm. Pero Cafarnaúm no debe olvidar que para escalar el Cielo se debe trabajar mucho. Especialmente, debe trabajar la humildad para implorar perdón y ayuda de Dios.

¡Cuántas personas de otras culturas, religiones y estratos sociales no habrían sido grandes santos si hubiesen tenido la oportunidad de vivir nuestra vida y circunstancias! ¡Cuántos milagros no ha hecho Dios en nuestra vida y, sin embargo, seguimos viviendo con frialdad!

Pidamos al Señor la gracia de reconocer los milagros que ha realizado en nosotros para que salgamos a predicarlos como auténticos apóstoles.

Oración final

¡Grande es Yahvé y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios
está su monte santo,
hermosa colina,
alegría de toda la tierra. *(Sal 48,2-3)*

MIERCOLES, 15 DE JULIO DE 2020
SAN BUENAVENTURA, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA
¡Padre mío!

Oración introductoria

Jesús, enséñame a gozar de Dios Padre

Petición

Jesucristo, haz mi corazón sencillo, abierto siempre a tu amor

Lectura del libro de Isaías (Is 10, 5-7. 13-16)

Esto dice el Señor: «¡Ay de Asiria, vara de mi ira! ¡Mi furor es bastón entre sus manos! Lo envió contra una nación impía, lo mando contra el pueblo que provoca mi cólera, para saquearlo y despojarlo, para hollarlo como barro de las calles. Pero él no lo entiende así, no es eso lo que piensa en su corazón, sino exterminar, aniquilar naciones numerosas. Porque se decía: “Con la fuerza de mi mano lo he hecho, con mi saber, porque soy inteligente. He borrado las fronteras de las naciones, he saqueado sus tesoros y, como un héroe, he destronado a sus señores. Mi mano ha alcanzado a las riquezas de los pueblos, como si fueran un nido; como quien recoge huevos abandonados, recogí toda su tierra. Ninguno batió el ala, ninguno abrió el pico para piar”. ¿Se enorgullece el hacha contra quien corta con ella? ¿Se gloria la sierra contra quien la mueve? ¡Como si el bastón moviera a quien lo sostiene, o la vara sostuviera a quien no es de madera! Por eso, el Señor, Dios del universo, debilitará a los hombres vigorosos y bajo su esplendor encenderá un fuego abrasador».

Salmo (Sal 93, 5-6. 7-8. 9-10. 14-15)

Dios ha fundado su ciudad para siempre.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 11, 25-27)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así

te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Sermones sobre el Evangelio de Mateo, n° 38, 1*

"Se lo revelaste a los pequeños"

"Te doy gracias, Padre: Te doy gracias, Padre -dice- porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes". ¿Cómo? ¿Es que el Señor se alegra que se pierdan los sabios y prudentes y que no conozcan estas cosas? - ¡De ninguna manera! No. Es que el mejor camino de salvación era no forzar a los que le rechazaban y no querían aceptar su enseñanza. De este modo, ya que por el llamamiento no habían querido convertirse, sino que lo rechazaron y menospreciaron, por el hecho de sentirse reprobados vinieran a desear su salvación. De este modo también, los que le habían atendido vendrían a ser más fervorosos. Porque el haberseles a éstos revelado estas cosas era motivo de alegría; más el haberseles ocultado a los otros, no ya de alegría, sino de lágrimas. Y también éstas derramó el Señor cuando lloró sobre Jerusalén (Lc 19,41). No se alegra pues, por eso, sino porque lo que no conocieron los sabios, lo conocieron los pequeñuelos. Como cuando dice Pablo: Doy gracias a Dios, porque erais esclavos del pecado, pero obedecisteis de corazón a la forma de doctrina a que fuisteis entregados (Rom 6,17).

Llama aquí el Señor sabios a los escribas y fariseos, y lo hace así para incitar el fervor de sus discípulos, al ponerles delante qué bienes se concedieron a los pescadores y perdieron todos aquellos sabios. Mas, al llamarlos sabios, no habla el Señor de la verdadera sabiduría,

que merece toda alabanza, sino de la que aquéllos se imaginaban poseer por su propia habilidad. De ahí que tampoco dijo: "Se les ha revelado a los necios", sino: a los pequeños, es decir, a los no fingidos, a los sencillos... Es una nueva lección que nos da para que nos apartemos de toda soberbia y sigamos la sencillez. La misma que Pablo nos reitera, con más energía, cuando escribe: "Si alguno entre vosotros cree ser sabio en este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio (1 Cor. 3,18.)"

Palabras del Santo Padre Francisco

«La gratitud ante los prodigios que realiza el Señor entre sus predilectos, los pobres y los pequeños a los que Él revela lo que es escondido a los sabios, también os puede ayudar a sustraeros de las insidias de los relegamientos autorreferenciales y a salir de vosotros mismos en el seguimiento a Jesús. La idea de una acción misionera autorreferencial, que se pasa el tiempo contemplándose e incensándose por sus propias iniciativas, sería en sí misma un absurdo. No dediquéis demasiado tiempo y recursos a “miraros” y a redactar planes centrados en los propios mecanismos internos, en la funcionalidad y en las competencias del propio sistema. Mirad hacia fuera, no os miréis al espejo.» *(Mensaje SS Francisco a las Obras Misionales Pontificias, 21 de mayo de 2020)*

Meditación

Jesús, te doy gracias porque te conozco y porque me has revelado una dimensión que estaba oculta a mi entendimiento: ¡Dios es Padre! Te doy gracias, Jesús, porque cada acto de amor y entrega tuya es un acto que refleja el amor del Dios Padre hacia mí. Ayúdame a experimentar la paternidad divina, a sentirme realmente hijo tuyo y heredero de tu reino.

Concédeme, Padre Santo, apreciar como se merece este don de ser hijo tuyo y que no desee jamás apartarme de Ti con el pecado, y en caso de que lo haga, jamás dudar que estarás siempre ahí esperando a que yo vaya al sacramento de la confesión, para poder, así, experimentar tu amor paternal, como el hijo pródigo lo experimentó cuando vio a su padre al salir al encuentro de él, abrazándole y recibéndole con gozo en su hogar.

¡Gracias Padre porque me amas! ¡Gracias, Jesús, por quererme mostrar el amor del Padre sin límites! Espíritu Santo, ayúdame a aprender a ser hijo y heredero del Reino. María, enséñame a ser dócil a la voluntad de Dios y conservar todas estas cosas en mi corazón.

Oración final

mi boca publicará tu justicia,
todo el día tu salvación.

¡Oh Dios, me has instruido desde joven,
y he anunciado hasta hoy tus maravillas! *(Sal 71,15.17)*

JUEVES, 16 DE JULIO DE 2020
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN
Aprender de Cristo

Oración introductoria

Espíritu Santo, me pongo ante tu presencia para adentrar en las verdades de la vida interior. Ahí quiero estar contigo, encontrar el consuelo de tu amor.

Petición

Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Lectura del libro de Isaías (Is 26, 7-9. 12. 16-19)

La senda del justo es recta. Tú allanas el sendero del justo; en la senda de tus juicios, Señor, te esperamos ansiando tu nombre y tu recuerdo. Mi alma te ansía de noche, mi espíritu en mi interior madruga por ti, porque tus juicios son luz de la tierra, y aprenden la justicia los habitantes del orbe. Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizas tú. Señor, en la angustia acudieron a ti, susurraban plegarias cuando los castigaste. Como la embarazada cuando le llega el parto se retuerce y grita de dolor, así estábamos en tu presencia, Señor: concebimos, nos retorcimos, dimos a luz... viento; nada hicimos por salvar el país, ni nacieron habitantes en el mundo. ¡Revivirán tus muertos, resurgirán nuestros cadáveres, despertarán jubilosos los que habitan en el polvo! Pues rocío de luz es tu rocío, que harás caer sobre la tierra de las sombras.

Salmo (Sal 101, 13-14 y 15. 16-18. 19-21)

El Señor desde el cielo se ha fijado en la tierra.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 11, 28-30)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Releemos el evangelio

Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

dominicano, teólogo, doctor de la Iglesia

Sermón para el primer domingo de Adviento (L'Avie spirituelle n°323, 1947, Cerf), trad. sc@evangelizo.org

“Soy paciente y humilde de corazón” (Mt 11,29)

Podemos considerar la mansedumbre de Cristo en cuatro circunstancias: en su vida ordinaria, en sus admoniciones, en la gracia de su recibimiento, en su Pasión.

En primer lugar, la mansedumbre de Cristo en su vida ordinaria. Todas sus actitudes eran pacificadoras: no buscaba provocar disputas, sino que evitaba todo lo que podía conducir a un altercado. Decía “Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón” (Mt 11,29).

En esto lo debemos imitar. (...) La mansedumbre de Cristo aparece luego en sus admoniciones. Tuvo que sufrir muchos oprobios de parte de sus perseguidores y sin embargo no les contestaba jamás con cólera ni con tono de querrela. Comentando el texto “en defensa de la verdad y de los mansos” (cf. Sal 44,5), san Agustín dice que la verdad se hacía reconocer cuando Cristo predicaba y la mansedumbre se hacía admirar cuando respondía con paciencia a sus enemigos. (...)

Su mansedumbre aparece también en la gracia de su recibimiento. Algunas personas no saben recibir con bondad. Cristo recibía con benignidad a los pecadores, comía con ellos. Los admitía en sus comidas o aceptaba sus invitaciones. Esto llenaba de estupor a los fariseos: “¿Por qué su Maestro come con publicanos y pecadores?” (Mt 9,11).

Finalmente, la mansedumbre de Cristo se manifiesta en su Pasión. Iba hacia esa Pasión como un cordero, “insultado, no devolvía el insulto” (cf. 1 Pe 2,23). (...) Dice el Señor por el profeta Jeremías. “Yo era como un manso cordero llevado al matadero” (Jer 11,19). (...)

La mansedumbre asegura la herencia de la Tierra de la felicidad. Por eso leemos en San Mateo: “Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia” (cf. Mt 5,5).

Palabras del Santo Padre Francisco

«El cristiano aprende a ser sacramento vivo del diálogo que Dios quiere entablar con cada hombre y mujer, en cualquier situación que viva. Por tanto, es un diálogo que estamos llamados a realizar a la manera de Jesús, manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,29), con un amor ferviente y desinteresado, sin cálculos y sin límites, respetando la libertad de las personas.» (*Discurso de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2019*).

Meditación

Cristo, sabes cómo me encuentro en este momento. En un corazón como el tuyo encuentro el descanso de la búsqueda de la felicidad. Ahí está el manantial de donde salen todas las gracias para el hombre, de tu corazón. Me enseñas a estar con los amigos con quienes vas de paseo por el lago, luego la convivencia con Lázaro, Marta y María. También, me muestras tu cercanía y compasión por las personas necesitadas e iluminas con tu sabiduría a los sabios de tu tiempo, en fin, siempre tienes una actitud justa para el momento, según las necesidades. Sabemos lo que pasa conmigo y, sólo en Ti encuentro consuelo. Claro, que llevo cargas y, por esto, estoy fatigado y agobiado.

Me pides que aprenda de Ti, que aprenda a ser humilde de corazón. Esto quiere decir que toda mi persona esté convencida del amor tan grande de un Dios como Tú, en quien puedo confiar. Tengo muchos proyectos, el ideal es muy alto y está bien para Ti, me animas y motivas a llegar a su cumplimiento.

Luego, me recuerdas que la cruz de cada día es suave y ligera, así es tu yugo. Tu cruz es suave, porque tu mirada está dirigida hacia el Padre que está en el cielo. Una mirada que nos muestra a un hombre sufriente con la esperanza indestructible. La cruz es ligera porque la cargas con amor, sabiendo que, por medio de ella, muchos se salvarán. Así pues, al momento en que me pides aprender de Ti, quieres decir que contemple tu rostro, y en esta contemplación, logre ver al Hijo amado donde me reflejo yo. Viéndome en Ti, viendo tu sufrimiento tomé mi cruz de cada día con el sentido de salvación. Todo lo que hoy me angustia, me entristece, me desalienta, me frustra, todo lo que me cansa es mi cruz, la cual te ofrezco, Padre, porque de tal cruz viene un sufrimiento que es un don para que muchos puedan alcanzar la salvación. Me pides aprender de Ti, a participar de la salvación de mis hermanos los hombres, ¡gracias!

Oración final

Alaba mi alma la grandeza del Señor
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador
porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava. (Cántico de la Virgen María)

Oración introductoria

Señor, ayúdame para que pueda tener un corazón semejante al tuyo, manso, humilde y siempre dispuesto a perdonar.

Petición

Señor Jesús, que sepa callar para poder escuchar y contemplarte en esta oración.

Lectura del libro de Isaías (Is 38, 1-6. 21-22. 7-8)

En aquellos días, el rey Ezequías enfermó mortalmente. El profeta Isaías, hijo de Amós, vino a decirle: «Esto dice el Señor: “Pon orden en tu casa, porque vas a morir y no vivirás». Ezequías volvió la cara a la pared y oró al Señor: «¡Ah, Señor!, recuerda que he caminado ante ti con sinceridad y corazón íntegro; que he hecho lo que era recto a tus ojos». Y el rey se deshizo en lágrimas. Le llegó a Isaías una palabra del Señor en estos términos: «Ve y di a Ezequías: “Esto dice el Señor, el Dios de tu padre David: He escuchado tu plegaria y visto tus lágrimas. Añadiré otros quince años a tu vida y te libraré, a ti y a esta ciudad, de la mano del rey de Asiria y extenderé mi protección sobre esta ciudad”». Isaías dijo: «Que traigan un emplasto de higos y lo apliquen a la haga para que se cure». Ezequías dijo: «¿Cuál es la prueba de que podré subir a la casa del Señor?». Respondió Isaías: «La señal que el Señor te envía de que cumplirá lo prometido será esta: Haré retroceder diez gradas la sombra en la escalera de Ajaz, que se había alargado por efecto del sol». Y el sol retrocedió las diez gradas que había avanzado sobre la escalera.

Salmo (Is 38, 10. 11. 12abcd. 16Bcd)

Tú, Señor, detuviste mi alma para que no pereciese.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 12, 1-8)

En aquel tiempo, atravesó Jesús en sábado un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes de la proposición, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino solo a los sacerdotes. ¿Y no habéis leído en la ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificio”, no condenaríais a los inocentes. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado».

Releemos el evangelio

Epístola llamada de Bernabé (c. 130)

(vers 130) § 15-16 (Padres Apostólicos. BAC)

“Aquí hay alguien mayor que el Templo”

Pasando a otro punto, también acerca del sábado, les dice: “Vuestros novilunios y vuestros sábados no los aguanto”. (Is 1,13). Mirad cómo dice: No me son aceptos vuestros sábados de ahora, sino el que yo he hecho, aquél en que, haciendo descansar todas las cosas, haré el principio de un día octavo, es decir, el principio de otro mundo. Por eso justamente nosotros celebramos también el día octavo

con regocijo, por ser día en que Jesús resucitó de entre los muertos y, después de manifestado, subió a los cielos.

Quiero también hablaros acerca del templo, cómo extraviados los miserables confiaron en el edificio y no en su Dios que los creó. Examinemos si existe un templo de Dios: Existe, ciertamente, allí donde Él mismo dice que lo ha de hacer y perfeccionar. Está, efectivamente, escrito: Y será, cumplida la semana, que se edificará el templo de Dios gloriosamente en el nombre del Señor.

Constato, pues, que existe un templo. ¿Cómo se edificará en el nombre del Señor? Aprendedlo. Antes de creer nosotros en Dios, la morada de nuestro corazón era corruptible y flaca, como templo verdaderamente edificado a mano, pues estaba llena de idolatría y era casa de demonios, porque no hacíamos sino cuanto era contrario a Dios. Mas se edificará en el nombre del Señor. Atended a que el templo del Señor se edifique gloriosamente. ¿De qué manera? Aprendedlo. Después de recibido el perdón de los pecados, y por nuestra esperanza en el Nombre, fuimos hechos nuevos, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El evangelista recuerda claramente el reproche de Jesús a los fariseos, que se dan con facilidad a retorcidas murmuraciones: “Andad, aprended lo que significa ‘Misericordia quiero y no sacrificio’”. Es una acusación directa contra la hipocresía estéril de quien no quiere “ensuciarse las manos”, como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano. Se trata de una tentación muy frecuente también en nuestros días, que se traduce en una cerrazón respecto a quienes tienen derecho, como nosotros, a la seguridad y a una condición de

vida digna, y que construye muros -reales o imaginarios- en vez de puentes.» (Homilía SS Francisco, 6 de junio de 2018)

Meditación

En el Evangelio de hoy, Dios nuestro Señor nos deja un mensaje valiosísimo, nos dice: *Misericordia quiero y no sacrificios*. Necesitamos aprender de Jesús que en la vida hay situaciones en las que aparentemente deberíamos aplicar la ley; pero no la ley por la ley, pues de esta manera nos convertiríamos en unos legalistas, seríamos otros fariseos, sino la ley de Cristo que es el amor. Es el amor que puede trascender cualquier barrera, cualquier obstáculo, cualquier muro, por difícil que parezca.

Del amor de Cristo debemos aprender para las circunstancias de nuestra vida. Entonces, cuando se nos presenta la oportunidad de aplicar nuestro «legalismo» (que en el fondo todos tenemos un poco), podemos detenernos un poco y reflexionar, ¿qué haría Cristo en esta situación? Pero cuidado, que con esto no estoy diciendo que tenemos que dejarnos pisotear o cosa parecida, no. Cuando sea el momento de corregir a alguien, corregirlo con amor, pero también, y lo más importante, estar dispuestos a perdonar y a pedir perdón.

Oración final

Señor, si acostado me vienes a la mente,
quedo en vela meditando en ti,
porque tú me sirves de auxilio
y exulto a la sombra de tus alas;
mi ser se aprieta contra ti,
tu diestra me sostiene. (Sal 63,7-9)

Oración introductoria

Señor, quiero sentir tu presencia que me acompaña. Transforma mi corazón para que sea humilde como el tuyo.

Petición

Señor Jesús, quiero ser tu discípulo y misionero, ilumina y fortalece mi espíritu.

Lectura de la profecía de Miqueas (Miq 2, 1-5)

¡Ay de los que traman el crimen y planean perfidias acciones en sus camas! En cuanto apunta el día las ejecutan, porque tienen poder. Desean campos y los roban, casas, y se apoderan de ellas; oprimen al cabeza de familia y a los suyos, explotan al ciudadano y sus bienes. Por tanto, esto dice el Señor: «Yo también tramo contra estas gentes un mal del que no podréis apartar el cuello y no andaréis con la cabeza alta, pues serán malos tiempos aquellos. Aquel día os dedicarán una sátira, se cantará una elegía que diga: “Estamos totalmente perdidos, pues se reparte el lote de mi pueblo; ¿cómo se volverá hacia mí para restituir nuestros campos que ahora está repartiendo?”. Por ello, no tendrás quien te eche a suertes un lote en la asamblea del Señor».

Salmo (Sal 9, 22-23. 24-25. 28-29. 35)

No te olvides de los humildes, Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 12, 14-21)

En aquel tiempo, al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos lo siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran. Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Isaías: «Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 94; PL 38, 1016

«Las naciones ponen toda su esperanza en su nombre»

¿Cuál es el ser humano que podría conocer todos los tesoros de sabiduría y de ciencia ocultos en Cristo y escondidos en la pobreza de su carne? Porque siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza. Pues cuando asumió la condición mortal y experimentó la muerte, se mostró pobre: pero prometió riquezas para más adelante, y no perdió las que le habían quitado. «¡Qué inmensidad la de su dulzura, que escondió para los que lo temen, y llevó a cabo para los que esperan en él!» (Sl 30,20).

Y para que nos hagamos capaces de alcanzarlo, él, que era igual al Padre en la forma de Dios, se hizo semejante a nosotros en la forma de siervo, para reformarnos a semejanza de Dios: y convertido en hijo del hombre –él que era único Hijo de Dios- convirtió a muchos hijos de los hombres en hijos de Dios; y, habiendo alimentado a aquellos

siervos con su forma visible de siervo, los hizo libres para que contemplasen la forma de Dios. Pues «ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él porque lo veremos tal cual es» (1Jn 3,2). Pues ¿para qué son aquellos tesoros de sabiduría y de ciencia, para qué sirven aquellas riquezas divinas sino para colmarnos?

Palabras del Santo Padre Francisco

«La segunda actitud es la del servicio. La comunidad eucarística, participando en el destino de Jesús Siervo, se convierte en “servidora”: al comer el “cuerpo entregado” se transforma en un “cuerpo ofrecido por las multitudes”. Volviendo constantemente a la “habitación superior”, vientre que da a luz a la Iglesia, donde Jesús lavó los pies a sus discípulos, los cristianos sirven a la causa del Evangelio entrando en los lugares de la debilidad y de la cruz para compartir y sanar. Hay muchas situaciones en la Iglesia y en la sociedad sobre las que se debe derramar el bálsamo de la misericordia con las obras espirituales y corporales: son familias con dificultades, jóvenes y adultos sin trabajo, ancianos y enfermos solos, migrantes marcados por la fatiga y la violencia -y rechazados-, como también otros tipos de pobreza. En estos lugares de la humanidad herida, los cristianos celebran el memorial de la cruz y hacen vivo y presente el Evangelio del Siervo Jesús que se entregó por amor.» *(Discurso de S.S. Francisco, 10 de noviembre de 2018).*

Meditación

¿Quién es ese hombre que cura a los enfermos? ¿Quién es ese hombre que resucita a los muertos? ¿Quién es ese hombre que cuando lo escuchamos nos llena el corazón? ¿Quién es ese hombre del que tanto hablaba san Juan Pablo II? ¿Quién es ese hombre por el que tantas personas entregan su vida entera? ¿Quién es ese hombre a quien

tanta gente se encomienda antes de ir al trabajo o a la escuela? ¿Quién es ese hombre a quien las mamás piden por sus hijos? ¿Quién es ese hombre por el que san Maximiliano Kolbe vivió toda su vida? ¿Quién es ese hombre que ha inspirado a tantos pintores y poetas?

Sin duda, no es cualquier hombre. Es un hombre que nosotros no encontramos, porque Él nos encontró primero. Es un hombre tan poderoso que es capaz de hacerse pequeño y débil. Es Aquel que está en un pedazo de pan. Es Dios hecho hombre. Es Jesucristo. Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Pero ¿quién es ese hombre para cada uno de nosotros?

El Evangelio de hoy nos descubre algo nuevo de Él, es siervo. Sí, es un siervo obediente al Padre, humilde y sabe callar. Es un siervo que siempre responde con amor. Es un siervo que también llora y sufre. ¡Cuánto tenemos que aprender de este gran Hombre-Dios! Da la vida por su Padre celestial y por nosotros, sus hermanos de este mundo. En este momento de oración pediremos a Jesús que haga nuestro corazón semejante al suyo. Que sea Él (Cristo Siervo), quien viva en nosotros, sirviendo a los demás.

Oración final

¡Qué admirable es tu amor, oh Dios!
Por eso los seres humanos
se cobijan a la sombra de tus alas;
se sacian con las provisiones de tu casa,
en el torrente de tus delicias los abrevas *(Sal 36,8-9)*